

La gente cree que los homosexuales son lo que hace Hugo Arana por televisión", afirma Rafael Freda, vicepresidente de la Comunidad Homosexual Argentina (ENA). Sentado en el living de su casa —rodeado de jaulas con canarios que chillan todo el tiempo, un piano, la máquina de escribir y banderines, calcomanías y gorros de San Lorenzo— pone los límites: "yo existo en tanto vicepresidente de la CHA. Como persona soy un enigma de libertad privada". Privacidad no siempre respetada "Si escribis a la CHA —pide— no pongas la palabra homosexual en el sobre, porque estamos hartos de que no nos lleguen las cartas". Un detalle que ejemplifica la afirmación de Freda de que "la vida del gay, mientras haya discriminación y represión, será siempre más difícil que la del vecino".

"Ciudadanos de segunda"

—La CHA surgió al amparo de ciertas circunstancias específicas, porque hace unos años, cuando asumió Alfonsín, hubo para muchas minorías una especie de veranito democrático que duró dos o tres meses. Entonces se abrieron varios boliches y lugares de reunión. Parecía existir una estructura libertaria bastante amplia; hasta que resurgieron las razzias masivas. Fue que ni alfonsinismo, ni peronismo, ni dictadura, ni democracia, han cambiado demasiado la actitud hacia los homosexuales. Cambia su intensidad. La represión es mucho más grave en tiempos dictatoriales. Hubo una razzia famosa que fue el origen de nuestra asociación. Se llevaron a 300 ó 400 personas del *Balvanera*, un boliche que ya no existe; ésto ocasionó mucha indignación entre la gente gay y se organizaron varias asambleas, de las que surgió la CHA.

—¿Hubo tentativas de agrupamientos anteriores?

—Antes había grupos de amigos o de conocidos que buscaban organizarse aisladamente y que habían formado la Coordinadora de grupos gay, nuestra antecesora directa. Eso tiene un antecedente más lejano, el Frente de Liberación Homosexual de los años 70, del que hablo de oídas porque yo no lo integré. Era una organización que había surgido por el pedido de libertad sexual, en el momento de auge del "gay power" en Estados Unidos. Pero movimientos homosexuales existen desde 1850, aunque hayan sido borrados de nuestra historia.

Tras fugaz primavera, los "gay" otra vez en la mira

UN PAIS EN SEXONEGATIVO

La CHA surgió de una manera distinta, pero como una continuidad de todos estos movimientos.

—¿Qué es lo que la diferencia?

—Es la primera organización con cierta estabilidad institucional interna y actividad externa de importancia. Somos un organismo de derechos humanos y nuestro objetivo final es hacer reconocer el libre ejercicio de la sexualidad como uno de los derechos que figuran en la declaración universal y en la de Costa Rica. La asociación se dedica fundamentalmente a la sexualidad, más que a la homosexualidad. Justamente porque somos homosexuales, sabemos que la sexualidad le está prohibida a toda la población. Este es un país altamente "sexonegativo".

—¿Y cuáles son los objetivos inmediatos?

—Dada nuestra historia, la lucha contra la represión es muy importante. En nuestro país las leyes y decretos represivos no han sido derogados por nadie. Incluso no estoy muy seguro de que los ciudadanos argentinos tengan claro que estamos en una especie de libertad condicional. Tenemos una ley de averiguación de antecedentes que se usa para detener. Tenemos los edictos policiales y una policía altamente represiva y discriminatoria. La represión está latente para todos y la discriminación —como tal— se aplica en grupos determinados. En los homosexuales, que somos un grupo que corta transversalmente la sociedad, eso se ve más claramente. Obviamente no somos ni ricos ni poderosos. Nunca he visto a alguien que discrimine a un rico; y un famoso está protegido por su fama. Hay muchos homosexuales famosos, que si bien no están a salvo de los ataques, se hallan

más protegidos que yo y muchísimo más que aquellos que no se acercaron a la CHA.

—Además de la cara legal de la discriminación existe otra mucho más difícil de combatir que es el prejuicio, ¿qué hacen ustedes en ese plano?

—Bueno, por algo hay que empezar. Nosotros apuntamos a la superestructura legal porque es la que permite la acción del prejuicio social. Hasta hace unos años, en la provincia de Buenos Aires, existía una ley del '49 que impedía el voto a los homosexuales. Los periodistas salieron a preguntar a los presidentes de mesa cómo harían para aplicar esa ley, y la mayoría respondía que se iban a dar cuenta. Pero, ¿cómo se iban a dar cuenta? Simplemente porque respondían a un prejuicio cultural, creían que los gays son eso que hace Hugo Arana por televisión. La eliminación de la discriminación legal hará cambiar la mentalidad de la gente conmigo, con vos, o quien sea, porque tampoco la heterosexualidad está bien vista fuera de determinadas normas. Porque para que Doña Rosa cambie su manera de pensar tiene que notar que las convenciones vigentes no son las que ella siente dentro suyo.

—¿La homosexualidad femenina es más aceptada que la masculina?

—¿"Aceptada"? Nunca me gustaron las palabras "aceptación" o "rechazo". La homosexualidad masculina molesta mucho a los hombres. Si un grupo de varones heterosexuales va a un cine porno y ve a dos chicas avariciándose y besándose no les molesta demasiado, incluso los excita, porque responden al mito social de que la mujer es homosexual únicamente por ausencia de varón. La

homosexualidad femenina molesta menos. Las mujeres, por la simplísima razón de que están inferiorizadas en nuestra sociedad, son más toleradas. Este es un país esencialmente hipócrita. Si dos chicas viven juntas, está bárbaro: son amigas, se hacen compañía, al no tener un hombre en la casa... Si en cambio dos varones están en una situación parecida, todo el mundo pregunta cuál de los dos es el que "pierde".

—Si no le gusta la palabra aceptación, ¿cuál es el término?

—Yo no uso la palabra aceptación porque es como andar pidiendo perdón. Tampoco pido tolerancia porque no tengo ninguna intención de que me tolere nadie. ¿Integración? Yo y la inmensa mayoría de los homosexuales estamos perfectamente integrados, tenemos nuestra función social que cumplir. Lo que pasa es que estamos integrados como ciudadanos de segunda. Y pagar nuestra integración a la sociedad con el derecho cívico es un precio un poco alto.

—En una charla que dio para la comunidad gay hablaba de lograr la libertad "exterior" e "interior", ¿a qué se refiere?

—Hay una especie de ley no escrita que dice que toda minoría discrimina en su interior: es la "ley del gallinero". Todos los ataques que hemos recibido durante nuestras vidas, terminamos pasándolos entre nosotros. Y como somos multiformes, tenemos diferentes costumbres y estilos de vida. Entonces el homosexual más masculino termina mirando con cierta molestia a otro. Eso hay que liquidarlo. Incluso cuando formamos la CHA había otros gays que nos miraban y preguntaban ¿y éstos quiénes son?

—¿Todavía se asocia a la homosexualidad al SIDA?

—A esta altura, eso no es sólo un mito, sino una herramienta de represión. Puede ser que haya existido un paciente sero, el origen de la infección, que haya sido homosexual. Pero ya el SIDA, con nosotros, nada que ver. Los gays —sobre todo los de clase media— sabemos que el virus se expande por contagio. La causa de la propagación de la enfermedad es la falta de prevención y lo mismo vale para la gente heterosexual, y no hace falta que sea drogadicta. El problema es que si se conecta el SIDA con los homosexuales, se pone en peligro a todo el mundo... a todo el mundo.

—¿Puede suponerse que la gente que se acerca a la CHA y hace pública su condición de homosexual, resuelve mejor algunos problemas, como por

ejemplo la relación con la familia?

—Puede ser que ayude. A veces esos problemas no se resuelven en toda la vida, pero se puede ser feliz igual. Yo, a los 42 años, llevo vista una buena cantidad de gente gay y no conocí a nadie que no tuviera problemas con sus padres; es natural, porque mientras haya discriminación y represión la vida del homosexual siempre será más dura, y ninguna madre puede tener demasiada alegría de saber que su hijo sufrirá más que el del vecino. No sé si hay alguna manera de evitar el trauma, pero entiendo que existen dos tipos de padres: los que te quieren como persona y los que tienen proyectos con piernas, brazos y cabeza. Sentirse organizados, encontrar aceptación, puede ayudar en los problemas internos. Porque uno al padre y a la madre, aunque le hayan hecho daño, los quiere. Incluso en el caso de gente agredida o echada de la casa, está presente esa relación de amor intensísima.

—¿Y qué se hace frente a la familia? ¿Se miente?

—Se recurre al ocultamiento, a no hablar. Aparece el tío en la comida de nochebuena y dice "¿cuándo te casás?" —y entonces otro —sabiendo que uno es gay— le tira tierra encima y agrega "no, si no se casó es porque es el más inteligente". Y a la chica que es lesbiana le dicen "tendrías que buscarle un hombre, porque mujer sin hombre no existe", entonces ella responde "dejá, estoy bien así". ¿Por qué hay que condenar al familiar a la hipocresía como sistema de vida? Es algo bastante disolvente de las relaciones familiares. La mayoría de los homosexuales se ocultan, buscan olvidar la humillación. Si se los llevan presos, lo primero que hacen no es apelar a la justicia —que pueden hacerlo por telegrama— sino irse a la casa y tratar de olvidar.

—¿Y qué hace la CHA para acercarse a esa gente?

—Es muy difícil. El otro día se me acercó un chico, asombrado por mis 42 años y me preguntó cómo puede ser que su papá, que tiene 50, no lo banque? Es que otro mito impulsa a creer que los homosexuales son todos jóvenes. Lo mejor que podés hacer es decirle al pibe que no se trata de un problema de generaciones, que él no está loco ni es un desgraciado. Y rezar para que le vaya bien con su alma, que ya es mucho. Además, la verdad; los datos científicos indican que pasado el cuarto año de vida, vos ya sos lo que sos, así que todo lo demás es sufrimiento que viene por añadidura.

Entrevista de PAULA RODRIGUEZ

